

humildad, ni nos muestra sino la humildad, ni preconiza sino la humildad; pero si con un conocimiento verdadero y fiel de lo que somos nos presentamos en el Altar, no temamos que Dios nos desconozca, porque este Señor solo ama á los humildes, y corona á la humildad con una gloria eterna. Así sea,

INSTRUCCION

SOBRE

LA COMUNION.

EPISTOLA PRIMERA.

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS.
cap. 10. v. 16.

El Cáliz de bendicion, al qual bendecimos, ¿no es la Comunión de la Sangre de Cristo? y el Pan que partimos ¿no es la participacion del Cuerpo del Señor?

HE aquí la idea que daba el Apóstol, San Pablo del Sacrificio de Jesu-Cristo á los primeros Cristianos, la qual es conforme en todo con

la que nos inspira la Iglesia del Sacrificio de la Misa. El Apóstol no separaba la bendicion del Cáliz, y la fraccion del Pan, de la Comunión de la Sangre de Jesu-Cristo, y de la participacion de su Cuerpo; y así la Iglesia está persuadida firmemente que la Comunión es de tal manera esencial al Sacrificio que no lo mira como consumado, hasta que el Sacerdote ha recibido una y otra especie. Si añadimos á este punto del dogma lo que la disciplina ha dispuesto acerca de esta última accion, si sobre todo procuramos penetrarnos de las disposiciones que exige la participacion actual de este Divino Sacramento, encontraremos un prodigioso fondo de instrucciones. Esta en efecto es una materia de suyo muy extensa, y por lo mismo procuraremos satisfacer el deseo de los fieles que concurren á este templo. Voy á presentaros, hermanos míos, tres discursos sobre la importante materia de la Comunión: en el primero consideraré la Comunión en general: en el segundo la Comunión baxo las dos especies; y en el tercero hablaré de la Comunión espiritual. En todos tres encontrareis la ocasion de animar vuestra

fe, y de satisfacer una sabia y religiosa curiosidad: prestadme atencion.

No puedo dispensarme ante todas cosas de probaros que la Comunión no es ménos esencial al Sacrificio de la Misa, que la oblacion y la consagracion. Jesu-Cristo mismo ha venido á sustituirse á todos los sacrificios de la antigua ley; y así qualquiera que fuese el fin de cada una de las oblaciones, él las hace inútiles reuniendo en sí el efecto separado de cada especie de sacrificio. El es la hostia de propiciacion por el pecado, de reconocimiento por los beneficios recibidos, de impetracion por las gracias que se piden, de purificacion para contener los efectos de la ira divina, y de consagracion para unir al culto de Dios todo lo que propiamente es suyo. El es la ofrenda de las primicias, porque es el primogénito de los hijos de Dios, segun la expresion de la Escritura; es el sacrificio de la mañana, porque está escrito que dixo desde el principio. *He aquí que vengo.* El es el Sacrificio de la tarde, porque debe ser ofrecido hasta la consumacion de los siglos. El es el Cordero del tránsito, porque por él pasamos de la muer-

te á la vida, del cautiverio del pecado á la libertad de hijos de Dios, y del destierro á la eternidad. El ha representado el sacrificio de la Paloma por la pureza, y el del macho cabrio tomando sobre sí nuestros pecados. La sangre de la becerra solo era una figura de su sangre preciosa; el agua y la ceniza que mezclaba el Sacerdote con la sangre de esta víctima para rociar al pueblo significaban la efusion abundante de la suya, que corriendo de su costado sobre la cruz, debia saltar hasta los confines del mundo para purificar todos los pueblos; en fin el holocausto, la víctima, el Sacrificio mas perfecto de todos, y que puede figurar mas completamente una oblacion perfecta, solo es la sombra de nuestra víctima ofrecida, inmolada y consumada enteramente para gloria del Altísimo. Como esta consumacion no se hace sino por la Comunión, está suspenso en algun modo el efecto del Sacrificio hasta que el Ministro no ha participado de la hostia. Esta es una doctrina que la Iglesia tiene adoptada desde los primeros tiempos, y la disciplina sobre este punto interesante es de las mas positivas;

de manera que si un Sacerdote en el acto de la Comunión fuese sorprendido por algun accidente imprevisto que le impidiese consumir el Sacrificio, la Iglesia no permite que se quede en este estado, y dispone que le substituya otro Sacerdote dispensándole si fuese necesario del ayuno riguroso que exige, de los que participan de este alimento sagrado.

Pero si se considera la Comunión del Sacerdote como un acto indispensable para la integridad del Sacrificio, ¿qué pensaremos de la Comunión de los asistentes, ya que el Sacerdote ofrece la víctima por sí y por ellos? ¿No se podria concluir que la participacion de ella es de igual necesidad para los fieles y para los Ministros? Esta necesidad parece que está derogada por el uso actual de la Iglesia; y en efecto cada Ministro está obligado á esta accion santa, y cada uno de los fieles no lo esta comunmente sino á unirse en espíritu á este Sacramento. Pretender que el Sacrificio es nulo para los fieles que no hayan participado realmente de él, seria traspasar los límites de esta materia; pero tambien se haria una

injuria á la verdad si se enseñase que á lo ménos en la intencion de la Iglesia no subsiste una voluntad de empeñar á los fieles, si fuese posible, á comulgar siempre que asisten á la Misa. Entre estas dos opiniones tan opuestas entre sí hay un justo medio que debe adoptar todo Cristiano, y que exige de su parte disposiciones habituales de vigilancia, de deseo, de dolor y de reforma. De vigilancia, porque no está excluido de participar de la mesa santa en los dias en que reúne la Iglesia todos sus hijos. De deseo de adquirir la justicia, y la perfeccion que se requieren para esta participacion, no digo frecuente, porque esto no es bastante, sino diaria, si fuese posible. De dolor, á vista de los obstáculos, de las imperfecciones de las costumbres y de las pasiones que encuentra en sí mismo, las quales son en los pecadores como una muralla fuerte entre ellos y Jesu-Cristo, y en las almas ménos culpables, como una mano que los detiene, y suspende quando tratan de correr al Altar. Disposicion de reforma, en virtud de la qual tome resoluciones vigorosas á la vista de Jesu-Cristo, á fin de

que viviendo santamente, pueda sentarse con la confianza debida á la Mesa de este Divino Salvador.

He dicho que la Comunion diaria es en la intencion de la Iglesia una práctica conforme en alguna manera al precepto de comulgar; pero para proceder en una materia de esta importancia con toda exâctitud, explicaré esta proposicion, añadiendo que la intencion de la Iglesia es conformarse ante todo con la de Jesu-Cristo en la institucion del Sacramento y del Sacrificio del Altar. Jesu-Cristo tomó para materia de este Sacrificio un alimento de los hombres en todos los tiempos, entre todas las naciones, en todos los estados, y casi en todas las circunstancias de la vida. Jesu-Cristo para dar su cuerpo en comida, y con ella la gracia y todos sus dones, escogió el pan, es decir, un alimento que nunca disgusta ni fastidia: el pan, un alimento que nos ha enseñado á pedir para cada dia: el pan, un alimento que jamas rehusa á sus hijos un Padre amoroso, y para cuya adquisicion sacrifica su tiempo, su sudor y sus trabajos; en una palabra, el pan, que el rico mas cruel no se atreveria quizá á rehusar

á los miserables que desfallecen de hambre. ¿No nos dice Jesu-Cristo que será servida su mesa todos los dias con este alimento para que podamos hartarnos hasta la saciedad de estos bienes? ¿No es esto quanto puede decirse? He aquí la primera razon que prueba que la Eucaristía debería ser un alimento diario para todos los Cristianos.

Segunda razon: el uso de los primeros siglos del Cristianismo. En aquellos tiempos no se hacia para la Comunión la diferencia de dias solemnes y ménos solemnes, y para los primeros fieles era siempre una solemnidad importante el dia que se juntaban en el lugar del Sacrificio: cada uno para permanecer mas tiempo en este lugar llevaba su comida, con el fin de poder sobrellevar la fatiga de los ejercicios religiosos; pero ante todas cosas recibia con fe el alimento de la Eucaristía, y ninguno era excluido de él sino por causa de excomunion. Así la Iglesia no privaba de este alimento ni aun á los enfermos, y los Ministros se lo llevaban á sus casas para darles este consuelo y proveer á su necesidad. Esta sabia prevision era todavía mas sensi-

ble en los tiempos de persecuciones, porque cada fiel llevaba á su casa este pan sagrado, á fin de tener en él cada dia un principio de fuerza y de constancia para profesar su fe.

Tercera razon: el precepto de Jesu-Cristo sobre la comunión no mira ménos á los fieles que á los Sacerdotes, y así puede aplicárseles muy bien la leccion que da la Iglesia á sus Ministros en los sagrados Cánones. Es verdad que no les impone el precepto formal de ofrecer diariamente; pero les manifiesta el deseo mas vivo de que lo hagan; y si condesciende con los motivos piadosos que les obligan algunas veces á separarse del Altar, tambien les hace entender que serian muy culpables si lo executasen sin causa legítima, y mucho mas quando dexasen de satisfacer las obligaciones propias de su ministerio, especialmente si por su descuido se viesen privados los fieles del Sacrificio en los dias de rigoroso precepto. De aquí ha provenido en los lugares ó paises donde escasean los Ministros la facultad que se concede al Sacerdote de celebrar dos veces al dia, á fin de que no se vean excluidos los

fieles á lo ménos de la participacion espiritual del Sacrificio en los dias feriados. De aquí tambien se deduce la obligacion diaria de ofrecer el Sacrificio de Jesu-Cristo, porque no ménos es un pan cotidiano, que una oblacion tambien diaria. Si él es el alimento del Sacerdote, debe tambien serlo del fiel, porque las necesidades son las mismas. Los designios de Jesu-Cristo son tan misericordiosos para unos como para otros. La obligacion á la santidad, á la perfeccion cristiana y á la imitacion de nuestro Salvador es igual en uno y en otro estado; y no fundándose la distincion del Sacerdote y del lego sino sobre la diferencia de sus respectivas funciones, me atreveré á decir, que si el Ministro de la Iglesia debe adquirir ciertos grados de perfeccion que no se proponen al comun de los fieles, estos grados solo son relativos á estas funciones; pero como Cristiano el lego igualmente que el Sacerdote está comprehendido en este precepto general de Jesu-Cristo: *Sed perfectos como es perfecta vuestro Padre, que está en los cielos*; y por una consequencia necesaria está com-

prehendido tambien en las promesas y en las amenazas que ha hecho en favor de los que están unidos á Jesu-Cristo, ó contra los que desprecian este alimento sagrado. La Iglesia se funda en esta doctrina para permitir la comunión cotidiana á ciertas almas privilegiadas, cuya vida verdaderamente angélica hace todo su consuelo y alegría. Todos los que han escrito sobre la vida espiritual, han puesto tambien la participacion del cuerpo de Jesu-Cristo á la cabeza de todas las prácticas que son indispensables para conservar el estado de justicia; y así las Ordenes Religiosas que se han distinguido mas en la piedad y el fervor, han hecho de este uso el punto mas formal de su Regla; de manera que para juzgar como corresponde de la intencion primitiva de la Iglesia sobre la Comunión, no tanto se ha de tener presente la práctica de unos tiempos de relaxacion y de tibieza, quanto la que se observaba en los dias de sus triunfos y de su gloria, y lo que se observa aun por sus hijos mas fieles.

En esta breve exposicion teneis, hermanos mios, los fundamentos de la

doctrina de la Iglesia sobre una materia tan principal, en la qual he procedido conforme á la enseñanza de los Padres y de los Doctores. Los que entre estos han escrito con mas fuerza contra el abuso que puede hacerse de Sacramento tan tremendo, no han temido, al establecer estos principios, que los Cristianos se prevaleciesen del testimonio que dan á la verdad; pero sin debilitar la solidez de su doctrina han insistido sobre las disposiciones que han motivado las excepciones casi universales de esta regla general en unos tiempos en que la caridad se ha resfriado tan considerablemente. He aquí las consecuencias que deducimos de esta verdad, siguiendo las huellas de los primeros Maestros.

Primera consecuencia. Si segun la intencion de la Iglesia debe comulgar cada fiel siempre que asiste al Sacrificio, tambien debe llorar amargamente las imperfecciones que le privan de esta ventaja, y no participar jamas de la oblation sin pensar que la Eucaristia es un pan cotidiano que le prohiben sus enfermedades espirituales como un alimento demasiado sólido, y que mién-

tras no venza todos los obstáculos que le constituyen en este estado, hace realmente una injuria á la voluntad, á la intencion y á la caridad de Jesu-Cristo.

Segunda consecuencia. En defecto de la Comunión sacramental y diaria debe suplirlo á lo ménos con la union espiritual, y estudiar las reglas de conformarse á ella; y las ventajas que puede sacar para excitar un santo deseo en su corazon.

Tercera consecuencia. Ya que se ha conservado solo en los Sacerdotes la costumbre de subir todos los dias al Altar, deben los fieles en general mirar con sumo respeto al Sacerdocio, y á todos los que están revestidos de esta dignidad, como que son los ungidos del Señor, sus Cristos vivientes, y los representantes del Cristo invisible que se da en este Sacramento. Deben tambien abstenerse de todo juicio indiscreto y de las palabras precipitadas, teniendo presente que Dios ha dicho por su Profeta: *no toqueis á mis Cristos;* y si algunas véces son tales y tan sensibles sus imperfecciones que no pueden disimularse, deben callar y aban-

donar á Dios el exámen de ellas, en el seguro que sabrá hacer justicia empezando por su propia casa. Las conversaciones escandalosas que sin respeto ni miramiento se hacen muchas veces sobre la conducta de los Ministros del Altar, no solo deshonoran la Religion, sino que tambien son sumamente perjudiciales á la reforma de las costumbres; y así conviene sobremanera á los Cristianos llorar sobre los defectos de sus Maestros y Doctores, y pedir á Dios con freqüencia que purifique sus almas, para que puedan desempeñar las funciones sagradas que tienen á su cargo con la perfeccion que exíge la santidad del ministerio.

Quarta consecuencia. Excitar el hambre espiritual de este alimento sagrado, acordándose freqüentemente de los efectos preciosos de la Eucaristía, y despertando su fe adormecida muchas veces sobre este misterio, de manera que nunca se aparte del Altar sin desear la Comunión, y sin un vivo dolor á la vista de los pecados que se la impiden.

Quinta consecuencia. Si nuestra ligereza natural nos prohíbe la partici-

pacion diaria de la santa comunión, no nos dispensa de mirar la divina Eucaristía como nuestro pan Cotidiano, y á todos los que participan ó tienen derecho de participar de él como los hijos de un mismo padre, y consiguientemente como nuestros hermanos en el órden de la salvacion. Asimismo nos acuerda esta circunstancia de la Misa otra suerte de Comunión de todos los tiempos, de todos los lugares y de todos los estados, que consiste en las relaciones que unen entre sí á todos los Cristianos, y que les imponen la ley de amarse mutuamente, de servirse recíprocamente, y de mirarse como un solo pan y un solo cuerpo en Jesu-Cristo.

Sexta y última consecuencia. Hacer de toda la vida una preparacion continua para la Comunión sacramental, de suerte que una Comunión engendre en nuestras almas las disposiciones para la Comunión siguiente, y evitar en lo posible las concurrencias, las amistades y los tratos sociales, pues aunque de suyo nos parezcan indiferentes é indispensables, debilitan siempre el espíritu de fe, de recogimiento

y de humildad que exíge la Comunion.

Pero pongo fin á este discurso por que me parece que he dado pruebas suficientes de que la Comunion es una parte esencial del augusto Sacrificio del Altar; y que esta parte, la mas interesante de todas, como que nos aplica el fruto del Sacrificio, exíge de nosotros disposiciones correspondientes á la excelencia de la victima, y á las gracias que Dios nos concede. ;Oxalá que participemos de ella con frecuencia, con santidad y utilidad, hasta que nos veamos unidos con el Cordero sin mancha por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA COMUNION

BAXO LAS DOS ESPECIES

EVANGELIO DE SAN MATHEO.
cap. 26. vers. 27.

Bebed de éste todos.

No intento citando estas palabras despertar todas las vanas objeciones que oponen nuestros hermanos disidentes al uso constante de la Iglesia, que reduce á los simples fieles á la Comunion baxo la especie del pan. Tenemos obras muy sólidas para ilustrar nuestra fe sobre este punto esencial de la disciplina; pero como el objeto de estas instruc-